

nes de la injusticia social con la pasión política. Pero la alternativa hacia la dictadura de derechas parece objetivamente más clara que la creación de un poder popular. Lo que explicaría, en última instancia, la colaboración de ciertos sectores de la izquierda con el Presidente López y, al mismo tiempo, la radicalización de otros sectores, exagerada

por la distancia entre el discurso humanitario del nuevo gobierno y la realidad inhumana de tantos colombianos.

«Esto se acaba», comentó en Bogotá con un hombre de la calle. «Esto no se acaba nunca, sólo cambia un poco de vez en cuando», me dice. ¿Hasta cuándo? ■ JOSE MONLEON.



Los sindicatos piden la dimisión de López Rega.

ARGENTINA

Amenaza al Régimen

Algunos observadores piensan que la situación extrema planteada en la Argentina en estos momentos puede ser el principio del fin del régimen. Que en realidad no cesa de estar en situación de caída permanente desde el regreso del General Perón a Buenos Aires.

El agudo enfrentamiento de este fin de semana sitúa de un lado a los sindicatos, que aglutinan lo que se llama el «peronismo histórico» —Perón, y su segunda esposa, Eva Duarte, fundaron los sindicatos en su primer gobierno, y dieron a los obreros un poder que no habían tenido nunca, aunque de corte claramente demagógico— contra lo que se llama el «lopezreguismo»: López Rega, el «brujo», a quien se atribuye haberse apoderado del poder aún en vida del General, y haberse fortalecido en él desde su muerte mediante una enorme influencia sobre la actual Presidente. López Rega es-

taria, según los sindicatos, favoreciendo al capital, a los grandes capitales y al imperialismo americano, con una política económica contraria a los intereses obreros. El punto culminante se planteó en el mismo seno del gobierno, cuando el ministro de Economía, apoyado por López Rega, negó la posibilidad de ratificar los recientes convenios colectivos de trabajo, que aumentaban los salarios en el doble, y pidió su anulación. El ministro de Trabajo, del ala sindical, se opuso a la derogación. La propuesta del ministro de Economía de sustituir los convenios por un aumento de salarios de un 50 por 100 fue combatida por el ministro de Trabajo, para el cual este aumento era netamente insuficiente y suponía hacer pagar a los obreros el costo de la inflación. Esta tirantex se resolvió con la evicción del gobierno del ministro de Trabajo. Seguida, inme-

diatamente, de una orden de huelga y de manifestación por los sindicatos.

Dentro de la ambigüedad que preside la vida política argentina, los sindicatos entendían que María Isabel —la compañera Presidente Isabel— estaba de su lado, y que, con su apoyo, podría liberarse de la influencia de López Rega. La respuesta de la Presidente fue también ambigua: pidió a los sindicatos que desistieran de su manifestación, porque su apoyo podía ser más útil acudiendo a sus lugares de trabajo. El domingo, la Presidente hizo conocer su decisión —la del gobierno—: los convenios colectivos serían anulados, pero los salarios se subirían el ochenta por ciento en lugar del cincuenta que había sido ofrecido previamente. Sin embargo, en ese momento, el paro nacional estaba en marcha, y la plaza de Ma-

yo cubierta con decenas de millares de manifestantes. Ya no parece que los sindicatos se conformen ni siquiera con la reiteración de los convenios colectivos: piden la dimisión de López Rega.

El Ejército, por su parte, ha celebrado numerosas reuniones y entrevistas de sus altos mandos con la Presidente; pero no parece que acceda en principio a sostener al poder, a desgastarse en este problema, sino que desea permanecer neutral.

Es posible que la salida de estos acontecimientos se precipite en esta misma semana. Pero no es fácil predecir en qué sentido. Es posible que, a pesar de su proclamado neutralismo, el Ejército quisiera aprovechar la ocasión para desembarazarse de López Rega, manteniendo en cambio la legalidad de la Presidente, María Isabel. ■

destemplada— «se localizó con algún dedo acusador», y los agentes municipales fueron a ella, pero el magnánimo alcalde García-Lomas dijo: «Hagan el favor de retirarse los agentes, en el entendimiento que una nueva causa de interrupción me obligará a desalojar la tribuna pública». Hubo un segundo incidente. Una dama —¿otra? Sin duda, pues esta voz no estaba destemplada— se levantó y dijo: «Señores, me veo en la necesidad de...». Y también se levantó el alcalde, y —dicen las crónicas— «con voz grave» dijo: «Aquí no habla nadie más que nosotros, que representamos al pueblo de Madrid». Cierto, los quince vecinos no representan a nadie. Para ver a quién representaban, los agentes de la Fuerza Pública, a la salida, «solicitaron la identificación de tan extraños espectadores», y, «al parecer, algunas explicaciones de su comportamiento».

«Aquí no habla nadie más que nosotros», había dicho la «voz grave» del señor García-Lomas. Grave, ciertamente. ¿Pueden hablar los vecinos de Madrid desde la tribuna pública? No parece que esté previsto en los reglamentos. El pueblo escucha, se va y, en todo caso, da explicaciones de su comportamiento a la Fuerza Pública.

«... que representamos al pueblo de Madrid», dijo la voz grave. En efecto, en el Pleno se habían expuesto las preocupaciones municipales en nombre del pueblo de Madrid. En primer lugar, la voz grave del alcalde dedicó varios capítulos de condolencia: por la muerte del señor Herrero Tejedor, por los españoles muertos en el Sahara, por las víctimas de Ceuta y Melilla, causados «por los falsos amigos de democracias para asesinar y matar»; quizá estuviera calificando de democracia al Marruecos de Hassan II, lo cual sería pintoresco; quizá estuviera expli-

cando que las democracias sirven para asesinar y matar; las crónicas no dejan claro el sentido de sus palabras. Se condeñó también por la muerte del barón Aduard, que fue embajador de Holanda y que, sin duda, prestó servicios valiosos al pueblo madrileño; fue él quien propuso que salieran de Madrid las cabalgatas de Reyes y de Santa Claus. También ratificó el Pleno —por moción del señor García-Lomas— la entrega de la Llave de Oro de Madrid al Presidente de los Estados Unidos de América, mister Gerald Ford. Fue una suerte que el Pleno ratificase la concesión hecha por el alcalde; de otra manera, hubiera habido que ir a Washington a quitarle la Llave de Oro a Gerald Ford.



Y se enteró en el Pleno. Allí hablaron solamente ellos, en representación del pueblo de Madrid. ¿De qué hablaron? De algunas mejoras para el personal de la Casa —que había cubierto la tribuna pública, menos quince—. De cambiar el proyecto del Sector Malasaña por el sin duda fenecido de la Gran Vía Diagonal. De que el Zoo madrileño (o de quien sea) suba su entrada a setenta y cinco pesetas (hace poco, cuando estaba aún en el

Retiro, costaba dos pesetas). De que haya clubs para los ancianos. De la necesidad de que haya fuentes para beber en parques y jardines, y de que haya más evacuatorios. Del misterio de la calle del Mercurio, que no se sabe si existe o no, y si existiese, de quién es su propietario.

¿Y el pan?

El pan fue una sola voz destemplada en la galería pública, destemplada como su onomatopeya de disparo. No, no se habló del pan. ¿Por qué se iba a hablar del pan?

Es un tema del que realmente hablan públicamente todos. Todos los que pueden hablar y a quienes se les conceden no sólo las tribunas, sino la televisión. ¿Es caro el pan? El presidente de los panaderos ha dicho que no, no; que no es caro; ha dicho incluso que es barato. Todo es relativo: el pan llamado obligatorio cuesta más barato que la harina con que se elabora. Es, sin duda, cierto. Pero hablan los campesinos y dicen que el pan es caro. Enormemente caro. Todo es también relativo: es caro en relación a los precios que les pagan por el trigo, y que debían ser mayores. El gremio de los empresarios de panadería querría que fuera más caro, y se apresuran a explicar que sus obreros merecen más salario. Nada más cierto. La premura en esta ocasión de los empresarios en paternalizar a sus obreros es, sin embargo, sospechosa. Son, ciertamente, unos obreros sacrificados: trabajan a deshora, sufren el calor de los hornos... ¡Y no se ganan el pan!

¿Y el fraude del pan? El pueblo de Madrid, que no pudo hablar, porque allí sólo hablan ellos, dice que hay fraude. Que el peso no es el peso, que la harina no es harina. Que es de otro costal... Que se encuentran cuerpos extraños. Los empresarios pana-

deros dicen que no, que el pan es trigo limpio.

¿Qué hubiese explicado la mujer que comenzó diciendo: «Señores, me veo en la necesidad de...»? ¿Cuál era su necesidad? ¿Con qué datos hubiera podido ilustrar al alcalde de Madrid y al Pleno Municipal acerca del problema del pan?

Sólo quedó en la mañana municipal —y espesa, que dijo el poeta—, clavada la voz destemplada que dijo «¡Pan!». ¡Ah!, se había olvidado esa palabra, se había olvidado ese pan. Nos habíamos enorgullecido de que el consumo de pan había disminuido en España en beneficio de la carne, del azúcar; como sucede en los países que se desarrollan. El pan es alimento de pobres, y aquí comenzaba a no haberlos. El pan se había quedado con sólo un valor evangélico, con un gran puesto en la paremiología, como un símbolo de todo: «Que me quiten el pan...». «Trae un pan debajo del brazo...».

Los vecinos llegaron al Ayuntamiento con un pan debajo del brazo y se lo quitaron los agentes y el señor García-Lomas. Llegaron con la palabra «pan», y resultó destemplada para los oídos de un cronista: careció de la «gravedad» de la voz del alcalde.

Mal asunto que vuelva a hablarse del pan, que vuelva a protestarse por el pan. Que el grito de pan quede clavado en una sesión del Pleno Municipal.

Después de todo, ¿verdad?, que coman tortas... ■ P.

NOTA.—Las palabras en negrita pertenecen a la crónica municipal del diario «ABC», de Madrid, día 28 de junio de 1975, páginas 35 y 36. Otros detalles de esa sesión están tomados de esa misma crónica y de las de otros periódicos madrileños de los días 27 y 28 de junio de 1975.